

—Cruzar el río será la guerra —dice Fernando—, ¡no lo olvidéis!

Señala la otra orilla. Intento ver algo, pero no hay nada, al menos nada que sea amenazador o peligroso. Incluso el río parece inofensivo, discurre perezoso por la mañana temprano, con un montón de barcazas cargadas sobre el agua.

Guerra... suena a muertos y a desaparecidos, a bombas y a armas. A lo mejor Fernando pretendía gastarnos una broma. Se da la vuelta y me mira a los ojos. No, no lo es. Con ese tema no bromea.

—Hazlo solo si estás seguro —me dice—, si no, mejor da media vuelta. Es la última oportunidad, hombre. La última.

Dudo por un instante. Hasta este momento todo quedaba lejos: la frontera, el país y el largo camino para recorrerlo. Ahora lo tengo delante. ¿Qué me espera al otro lado? En realidad no tengo ni la más remota idea, pero cuando inicié el viaje, me prometí a mí mismo que no habría camino de retorno. Nunca más.

—No me puedo echar atrás —digo sin pensar—, lo tengo que hacer, he estado demasiado tiempo esperando este momento.

Fernando se aparta delante de mí y observa a los otros, que no dicen nada, pero asienten con la cabeza.

Hace pocas horas que los conozco y no muchas más desde que me fui de casa, pero me parece una eternidad. Qué lejos queda ahora nuestra casita en Tajumulco, en las montañas de Guatemala, mi patria. Quizá no la vuelva a ver nunca más.

No sé cuántas veces me lo había propuesto: marcharme e ir a buscar a mi madre. A menudo. Hace seis años que nos dejó, a mi hermana Juana y a mí, y nunca más volvió. Yo tenía ocho años y Juana cuatro. Al principio era demasiado joven para irme y más tarde no me atreví. Hasta antes de ayer, cuando ya no podía ser de otro modo, después de todo lo que había pasado: me tenía que ir.

Mientras esperamos y observamos el río, evoco las imágenes de aquella noche. Se reproducen delante de mí: me levanto, despierto a Juana y le explico mi plan. Intenta sacármelo de la cabeza. Cuando se da cuenta de que es inútil, saca sus ahorros de debajo del colchón y me los da. No los quiero, pero me amenaza con despertar al tío y a la tía. De modo que los tomo y le prometo que se los devolveré, algún día, cuando nos volvamos a ver. A continuación la abrazo y salgo sin hacer ruido.

Hace frío y la noche está estrellada. Se ve la cumbre blanca del volcán dominando la ciudad. Camino, para entrar en calor, y cuando empieza a amanecer un camionero me recoge. Bajamos de las montañas al valle y a mediodía estoy tan lejos de casa como nunca antes lo había estado. Por la tarde, el conductor me deja y sigo a pie hasta Tecún Umán. En Tajumulco me habían hablado de la ciudad a orillas del río, donde se encuentran todos los que quieren cruzar la frontera hacia México.

Por la calle le pedí a un muchacho que me indicara. Me explicó que debía dirigirme al albergue de los emigrantes, porque es el único lugar seguro de la ciudad y allí podría dormir en una cama, por última vez, y me darían el desayuno, antes de pasar al otro lado, «a la bestia», me dijo.

En el albergue pasé la noche en un dormitorio enorme. Todo se me hacía tan extraño que no pude pegar ojo. A la hora del desayuno me he sentado en una mesa vacía, pero no han parado de empujarme, a pesar de que no los había visto nunca antes, a ninguno de ellos. Hemos descubierto que todos tenemos el mismo objetivo: llegar a los Estados Unidos, atravesando México, hacia el norte. Cuando hemos terminado de desayunar y cada uno quería irse por su cuenta, Fernando ha propuesto ir juntos, porque las posibilidades son mayores que si cada uno lo prueba por separado. Me lo he pensado un poco y he estado de acuerdo, los otros también. Y así es como estamos aquí ahora, agazapados, a orillas del río Suchiate, que hace frontera, escondidos detrás de unos matorrales decidiendo cuál es la mejor manera de llegar al otro lado.

No sé mucho de los demás, solo lo que han explicado mientras desayunábamos. Fernando es el mayor, tiene unos dieciséis años, es de El Salvador y quiere reunirse con su padre, que está en Texas. Es el único que conoce México porque ya ha intentado hacer este viaje en otras ocasiones. No me he atrevido a preguntar qué le fue mal las otras veces y por qué no lo ha conseguido nunca, pero sabe mucho sobre el país, en cualquier caso más que yo y que los demás, que no sabemos prácticamente nada.

Los otros se llaman Emilio, Ángel y Jaz. Emilio es de Honduras y no ha explicado nada de él, que es indígena se le ve de

inmediato. Ángel es de Guatemala como yo, pero no de las montañas, sino de la capital. Tiene once o doce años y quiere ir a encontrar a su hermano a Los Ángeles. Y Jaz, en realidad, se llama Jazmina, es de El Salvador, se ha cortado el pelo y viste como un chico, para que nadie intente ligar con ella durante el viaje, nos ha dicho.

Estamos agachados uno al lado del otro y a través del matorral miramos hacia abajo, hacia el río. Es muy ancho y la corriente parece fuerte. La orilla en la que estamos es un lodazal, nos sube el hedor, seguramente del agua sucia que se vierte. En el otro lado se ha posado la niebla, que va subiendo como un velo por encima de los árboles y hace que todo parezca misterioso. Mientras observo, me viene a la cabeza el chico que me indicó en Tecún Umán.

—Eh, Fernando —le digo, dándole un codazo—, ¿qué demonios significa *la bestia*?

Fernando duda.

—¿Por qué lo preguntas?

—En Tecún Umán le pregunté a un chico, que me habló del albergue y me dijo que allí podría descansar por última vez, antes de pasar al otro lado, «a la bestia». ¿A qué se refería?

Fernando mira fijamente la otra orilla y a continuación escupe en el suelo.

—Se refería a Chiapas. La región del sur de México que tenemos que atravesar primero. La gente la llama «la bestia» y no le falta razón. Aquello es el infierno, sobre todo para gente como nosotros.

Mira hacia delante con ojos siniestros. Durante un buen rato estamos en silencio, solo se oye el murmullo del río. Jaz

levanta la cabeza y me mira, a continuación se cala la gorra aún más, tapándose el rostro. Me parece que ella tampoco sabe muy bien qué pensar de Fernando y de su modo de actuar.

—Cualquiera que se dirija al norte ha de pasar por Chiapas —explica Fernando—, y la única posibilidad de hacerlo es en los trenes de mercancías, de modo que a lo largo de toda la línea se junta la chusma más indeseable que os podáis imaginar; se agarrarán a vuestro dinero o a vosotros mismos. Además, las vías están en mal estado y hay accidentes constantemente. Muchos acaban bajo las ruedas, por eso se le llama «el tren de la muerte».

Se incorpora, de espaldas al matorral, y se mesa los cabellos.

—Hace poco alguien me explicó que de cien personas que intentan cruzar el río, solo diez salen de Chiapas, tres llegan al norte, a la frontera, y solo uno consigue pasarla —dice, mientras niega con la cabeza—. No os lo quería contar, pero es así.

Se hace a un lado. Sus ojos tienen algo particular. No sé por qué, pero no lo he acabado de entender. ¿Pretende ponernos a prueba, le gusta explicar historias truculentas o es realmente como dice?

—Somos cinco, y no uno solo, creía que así sería más fácil —murmura Jaz desde el otro extremo.

—Venga ya, no te engañes —responde Fernando—, solo o acompañado, al final cada uno depende de sí mismo. Se trata de mover el culo y ver dónde estás. ¡El resto son fantasías!

Nos indica el río.

—Sea como sea, hay que cruzar a la otra orilla, si no, perderemos el tren. De modo que quien quiera largarse, lo puede hacer, y quien quiera venir, que venga, pero luego no digáis que no estabais avisados.

Se arrastra a través de la maleza y nos deja atrás. Nadie abre la boca. Emilio va tras él. Parece que no le interesan demasiado las historias de Fernando, como si no le incumbieran, o como si siempre temiese lo peor.

Jaz y Ángel no se mueven. Me parece que esperan a ver qué hago yo. Me armo de valor y avanzo.

Al otro lado del matorral nos espera Fernando. Cuando ve que todos le seguimos, asiente con la cabeza y mira hacia el río. Ahora es posible ver mejor las barcazas; hay a docenas. La mayoría están hechas con unas cuantas tablas clavadas y colocadas sobre neumáticos de camión, cargadas de gente y paquetes que pasarán ilegalmente a la otra orilla. Algunas van tan cargadas de sacos y cajas que parecen estar a punto de partirse.

—Subiremos a aquella más ancha de allá —dice Fernando, después de haber oteado fijamente el río durante un buen rato. Nos señala a un barquero que vuelve de la otra orilla guiando la barcaza sobre las aguas con una larga percha. Es curioso cómo lucha contra la corriente, lo observo y no puedo evitar reírme: ¡por debajo de la camiseta le sobresale la barriga y parece una medusa!

—¿Y por qué precisamente aquella? —pregunta Ángel.

—No lo sé —responde Fernando—, pero el tipo me gusta. Calculo que le podremos regatear cien pesos por cabeza. Venga, dádmelos ahora, así nadie verá dónde los guardáis.

Llevo el dinero oculto en un zapato, debajo de la plantilla. Es todo lo que tengo, a parte de los ahorros que me dio Juana, y que llevo escondidos en la punta, donde nadie los pueda encontrar. Saco cien pesos, guardo el resto y me vuelvo a calzar. Los otros también le dan su parte a Fernando. Nos hace un gesto con la cabeza y empezamos a correr.

Cuando llegamos al río, el hombre está amarrando la barcaza. Fernando se acerca a él y le pregunta si nos puede llevar al otro lado, pero sigue con su trabajo y ni se digna a mirarnos.

—Cinco son demasiados —refunfuña.

Fernando niega con la cabeza.

—No, o todos o ninguno —le dice, y le indica a Jaz y a Ángel—: aquellos dos cuentan como uno.

Jaz pone cara de ofendida. Tiene la misma edad que Emilio y que yo, pero físicamente es más pequeña. Lo hace para dejar bien claro que no quiere que se la vuelva a equiparar a Ángel.

—Además, no llevamos equipaje —añade Fernando.

En eso tiene razón: casi no llevamos nada. Yo solo cargo con una pequeña mochila con una botella de agua, una toalla, una camiseta de repuesto y unas mudas. También llevo las cartas de mi madre, su dirección me la hice tatuar en la planta del pie el día antes de partir. Los demás tampoco llevan mucho más encima.

El barquero se incorpora y mira a Fernando de arriba a abajo.

—¡Madre de Dios! —suspira, entornando los ojos—. Por mi parte, de acuerdo, pero que te quede claro: todos pagáis el precio completo, doscientos pesos, con o sin equipaje. Es mi última oferta.

Fernando asiente con la cabeza... ¡y le ofrece veinte pesos! No me puedo creer lo que oigo. ¿Veinte pesos? Debe estar bromeando. El barquero lo mira como si lo quisiera ahogar en el río y lo maldice en voz baja. Fernando finge no oírlo y se lo queda mirando con ojos inocentes y abiertos de par en par. Por un momento se hace el silencio. Lo vuelve a maldecir y en-